
CAPITULO LXXXIV.

LAS NEGOCIACIONES.

El Gobierno francés recibe de la Asamblea un capitalísimo encargo: arreglar la paz. Apenas recibido, dirígenle á París Thiers, Favre y la comision de los quince diputados. Thiers se aloja en el magnífico palacio del ministerio de Negocios Extranjeros, que frente á las Tullerías se levanta, sobre la izquierda del turbio Sena. Favre se aloja en el ministerio del Interior ó de la Gobernacion, cedido lisonjeramente á su amigo por el ministro Picard. En cuanto llega el Gobierno á la capital, comienza un trabajo de recomposicion cuidadosa en el antiguo palacio de los reyes, en las Tullerías. El pueblo de París, celoso por sus instituciones republicanas, se conmueve creyendo que aquella reparacion anuncia el próximo advenimiento de la dinastía orleanista al mismo santuario que por espacio de diez y ocho años habitó Luis Felipe. Mas Thiers, empeñado en calmar aprensiones republicanas, divulga la idea de que á las Tullerías irán todos los ministerios para unificar y acelerar el despacho de todos los asuntos. A tal explicacion los recelos se calman y los

negociadores continúan en paz-la tristísima obra de entregar una parte de Francia al vencedor.

En la magnífica pero sombría residencia real de Luis XIV, al término de una corta y modesta calle, hay sencillísimo pabellon, habitado por el hombre extraordinario, por Bismark, á quien los franceses creen ogro, los alemanes redentor, y el mundo entero grande aunque redomado y maquiavélico político. Es una casita, y en sus cuatro paredes, la suerte de Francia, de la raza latina, de la humanidad que padece toda entera á cada retroceso de una de sus naciones predilectas; la suerte de todo cuanto hay grande en la tierra, se trata y se resuelve.

La berlina de Thiers, tambien modesta, se detiene á la puerta de la modestísima vivienda. El pequeño y regordete anciano baja, y con gran celeridad entra en tal pabellon recorriendo la distancia que lo separa de la calle, como quien se arroja á un abismo. Dos granaderos de la guardia prusiana guardan la casa del ministro. Un portero alto, fornido,

de barba roja, de ojos azules, vestido con largo leviton, ahuyenta á los curiosos, que quieren detenerse, aunque sea un segundo, y los amenaza con las bayonetas de los graves y gigantescos centinelas. Parecen todavía estos hombres aquellos cimbríos, aquellos teutones, blancos, rojos, que asustaron al invencible Mario, y cuyos cuerpos eran más altos que los pomposos trofeos de la soberbia Roma.

Thiers entra, como todos los oradores, con una gran confianza, con una gran fé en su palabra. Pero el hijo del Norte es insensible á los halagos, á las seducciones del arte. Él sólo ve la unidad alemana, el Imperio como representante de esa unidad, la conquista como férrea corona de ese Imperio. Thiers cree que las riquezas de Francia podrán seducir á los pobres hijos del Norte, y se apercibe á comprar con miles de millones la integridad del territorio nacional. Bismark tampoco se deja seducir por el oro. Parece Alarico sobre Roma espirante, Alarico inaccesible al prestigio de aquel gran nombre, inmóvil y resuelto á la conquista sin que los resplandores de la ciudad reina, de la ciudad diosa, no ya le deslumbren, pero ni siquiera le conmuevan.

Mientras estas escenas pasan allá en los estrechos gabinetes de una casita de Versalles, sale de la Prefectura, en carretela abierta, desafiando la inclemencia del tiempo, un hombre gigantesco, envuelto en modestísimo capoton, seguido por algunos coraceros blancos, y que parece por lo inmóvil, por lo indiferente, por lo frío, la férrea estatua del destino. Es el rey de Prusia, el bárbaro ídolo oriental, á cuyos piés ha sacrificado la civilización moderna un millón de sus hijos. Mientras el mundo abrigue en su seno esos hombres, mientras los pueblos se inclinen de grado ante esos monstruosos poderes, el cielo chorreará sangre, y estarán las naciones á merced de las conquistas, y en vez de maldecidos serán glorificados los conquistadores.

Bismark, que sabe esto, pone sobre todo la conquista. Sus primeras peticiones son la Alsacia y la Lorena enteras; Estrasburgo y Metz, las dos puertas de Francia. En vano Thiers apela al raciocinio, al sentimiento, á la reflexion, á lo pasado, á lo porvenir, á las amenazas, á las lágrimas. Nada puede conmover á Bismark. Alsacia es la tierra más francesa de Francia. Sus habitantes piden que la nacion madre no los abandone. ¿Para qué quiere Prusia una nueva Venecia? Es abrazarse á un cadáver para sentir el frío de la muerte bien pronto, bien pronto. Bismark invencible. Metz no puede ser de Alemania, dice Thiers, Metz ha pertenecido á Francia desde los tiempos de Carlo-Magno. Sin Metz la capital de Francia está siempre amenazada, Francia está rendida, Francia no es nacion. Ya sólo quedará á sus hijos en perspectiva el armamento universal, la guerra á todo trance; ó consagrar funerales luctuosísimos á la patria muerta. El género humano sin esta nacion, órgano de sus aspiraciones más universales, será de aquí en adelante como una conciencia sin ideas, ó como una idea sin palabra.

Bismark tiene de Francia pésimo juicio. La cree resumen de todos los defectos que aquejan así á la raza latina como á la raza germánica, sin ninguna de sus grandes cualidades. La cree incapaz de decidirse ni por la fé, ni por la razon, ni por la autoridad, ni por la libertad, ni por la monarquía, ni por la democracia, sin culto para los reyes, y sin madurez para la República. La cree incapaz de fundar un régimen constitucional fuerte, y entregada por su inconsistencia, por su ligereza, por sus veleidades, al despotismo eterno, como la prostituta al eterno deshonor. Cree que no trae á las conciencias sociales nada más que utopías, al movimiento moderno nada más que perturbaciones, y á la democracia, por vida, la fiebre demagógica, y por esperanza el cesarismo perpétuo. Bismark cree que al arrancar esa nacion de cuajo, ar-

ranca las raíces del cáncer que devora á toda Europa; sempiterna sectaria de las brillantes ideas de Francia, y servil imitadora de sus desórdenes.

Con todas estas ideas sobre la nacion francesa, ¿qué le importaban á Bismark ni las cóleras ni las súplicas de Thiers, al cabo cóleras y súplicas de la raza abominable, á la cual en su corazon aborrece y en su conciencia maldice? Dióle pues la puñalada que llaman los bravos puñalada de misericordia, porque remata la víctima. Alsacia entera seria cedida como quien cede un prédio. Así por herencia, por venta, por conquista los señores feudales traspasaban los territorios con sus feudos ó siervos contados, despues de las bestias, despues de los árboles, despues de los aperos. Sólo Belfort que ha resistido heroicamente, sólo Belfort se salvará. Esto enseña á Francia, que desatada la guerra, quedaba un medio honroso y único, la resistencia á todo trance, la resistencia por todos los medios, la resistencia épica, heroica; el suicidio si se quiere de esta generacion que salvaria á todas las generaciones futuras.

Metz no es perdonado. Los alemanes se lo reservan para caer desde allí, cuando les plazca, sobre el corazon y las entrañas de su ilustre víctima. Francia sin Metz, Francia sin Estrasburgo, Francia sin comunicacion alguna con el Rhin. ¿Qué retroceso en las relaciones humanas, qué incomunicacion entre las diversas razas, qué angustia para el espíritu meridional, separado por nubes de odios y cóleras y venganzas de ese espíritu del Norte indispensable al equilibrio de la civilización universal!

Y aun pedian toda la Lorena con su capital Nancy. Thiers indignado se levantó y dijo: tomad toda Francia, administradla por vuestra cuenta, esplotada en vuestro provecho; sólo nos queda el refugio de la conciencia humana y la confianza en la justicia de Dios. Convenidas las compensaciones en Alsacia y la quinta parte de la Lorena, controvertióse la

indemnización. Veinte mil millones de reales pagará el pueblo francés al conquistador. La fortuna adquirida con tanto trabajo á la sombra letal de aquel imperio napoleónico adorado por todos los reaccionarios de Europa ¡ay! pasará á manos germánicas, gracias al error de Francia, la cual creía que abandonando sus derechos no abandonaba al mismo tiempo sus intereses. Trabajarán los franceses para los Emperadores de Alemania como trabajaban los judíos para los Faraones de Egipto.

Pero no consiste sólo en la indemnización. El cáliz todavía es más amargo. Mientras la indemnización no se pague, los alemanes ocuparán el territorio francés. Y serán mantenidos por los franceses. Y vivirán á la sombra de sus banderas las autoridades francesas. Y esa ola de hiel, de sangre, de ignominia sólo se irá retirando del territorio invadido, conforme vaya recibiendo el rescate de la pobre y mutilada Francia. Franceses volvedos al arco de triunfo para gozaros en las glorias napoleónicas; saludad la leyenda de la invasión universal; reid al recuerdo de Berlin, tomado, Zaragoza destruida, Moscow ardiendo; llamad génio sobre-humano el despiadado César que holló el corazon de todos los pueblos; poned en el trono á un príncipe de su raza para que simbolice el despotismo, la guerra, la conquista, la matanza; el resultado de todo este vértigo será la desmembración para vuestra patria y la deshonra para vuestro nombre.

Pero hay más; el vencedor no quiere coronar la paz si no entran sus tropas en la capital de Francia. Es necesario que la gran tragedia de mil ochocientos quince se repita. Es necesario que el germano abrevé sus caballos á la sombra de la columna Vendome, en el Sena que lame el túmulo de Bonaparte, como sus padres entraron, la tea incendiaria en las manos y el odio inextinguible en los pechos, por las puertas de aquella Roma, que al caer, cerró con sus ruinas los

tiempos de la antigua civilización. Bajo los árboles del bosque de Boulogne, sobre sus verdes praderas, por la avenida que se llama del Grande Ejército, por la inmensa calle de los Campos Elíseos, por la plaza de la Concordia y á la vista del Cuerpo Legislativo y de las Tullerías, por la calle de Rívoli que recuerda en su nombre las costosas glorias de la guerra, por la plaza de la Bastilla y el boulevard de Magenta, cincuenta mil prusia-

nos han pasado dejando las señales inextinguibles de esta tercera invasión traída por el tercer Bonaparte. Los parisienses se han retirado de rabia. Una parte de la guardia nacional ha querido, tomando los cañones que á mano habia, ir al bosque de Boulogne y trabar allí una pelea inútil con los vencedores. Por fin, los consejos de la prudencia han prevalecido y París devoró también esta grande afrenta.

CAPITULO LXXXV.

LA ASAMBLEA Y LA PAZ.

Era necesario llevar el tratado á la Asamblea soberana. En tanto que no se verificase, los prusianos ocupaban la gran ciudad mártir de la patria.

Thiers corre á Burdeos y deja á Favre en París. La fatalidad, que persigue á la desgraciada nación, detiene en el camino el tren, que sufre ligero choque.

Mientras tanto la nueva capital de Francia se entrega ya á esperanzas consoladoras, ya á tristísima desesperación. Unas veces cree que Inglaterra influye en su favor; que el príncipe heredero de Prusia repugna un legado de guerras; que Bismark se contentará con la neutralización de los territorios fronterizos, que será salvada la integridad de Francia, que el genio de la gran nación ha desarmado á sus más crueles enemigos. Otras veces cree que todo está perdido, que es necesario entregar la Alsacia y la Lorena enteras, que la indemnización sube á cantidades fabulosas, que el dolor de Francia y su martirio no tiene igual, que ha sonado en el reló de los tiempos la última hora de la amada patria.

B.

Son las doce del día primero de Marzo. La Asamblea está henchida de diputados; las tribunas henchidas de gente. En todos los rostros se pinta la ansiedad más viva. Thiers, sin quitarse el polvo del camino, corre á la Asamblea. Oyese el redoble del tambor que tiene algo de fúnebre y un estremecimiento glacial corre por todo aquel gran cuerpo político. Los diputados de Alsacia reunidos á un extremo del salón, hablan gesticulando como si quisieran por últimos esfuerzos salvar su patria amenazada. Me recuerdan esos infelices hijos que verán á su madre en la agonía cual si quisieran con su aliento infundirle nuevo espíritu, nueva vida.

Thiers sube á la tribuna llevando el fatal protocolo en las manos. En su rostro se retrata el desaliento. En sus ideas el dolor y el desorden. Faltábale voz. Medio desvanecido, desmayado, baja de la tribuna y se encierra en el salón de conferencias. Víctor Lefranc es el encargado de relatar, en nombre de la comisión que acompañara á los ministros, las terribles condiciones de la paz.